Juan Ramón MUÑOZ-TORRES

Objetivismo, subjetivismo y realismo como posturas epistemológicas sobre la actividad informativa

1. Introducción

Uno de los grandes males que viene aquejando tradicionalmente a la profesión periodística es la precariedad de los supuestos epistemológicos sobre los que se desarrolla. Si el tema de la verdad ha sido siempre cuestión central y peliaguda en la historia del pensamiento, no podía serlo menos en el campo de la comunicación, y más en concreto, de la comunicación pública [1]. En la literatura académica sobre los medios de comunicación, la verdad, la objetividad, la neutralidad, etc. son tópicos recurrentes. Sin embargo, cuando se habla de la verdad, casi siempre se hace desde el punto de vista de la deontología y no desde la epistemología. Así, es frecuente encontrar continuas apelaciones a la necesidad de "servir a la verdad", "respetar la verdad" e incluso "decir y adorar la verdad" [2]. Nada hay de objetable a tales requerimientos, salvo que muchos de ellos van unidos a la aceptación implícita de principios epistemológicos erróneos o, cuando menos, problemáticos. Con otras palabras: es bueno hacer cantos en honor de la verdad, pero sin dar por sentada – como ocurre en muchos casos – la validez de determinados presupuestos.

La confusión habitual de conceptos como los de verdad, veracidad, objetividad e imparcialidad [3], pone de manifiesto que el consenso científico acerca de los fundamentos veritativos de la información es más aparente que real [4]. Esto hace que el trabajo de informar se mueva con frecuencia a la deriva de "intuiciones" más o menos gratuitas. Asimismo, la inestabilidad de los criterios epistemológicos conduce a que las discusiones sobre la verdad y la objetividad informativas sean, en muchas ocasiones, interminables e inconcluyentes. Poco tiene de extraña esta situación, puesto que la cuestión de la verdad es uno de los grandes problemas de la historia de la filosofía, que sigue suscitando encendidos debates. Y la cuestión de la verdad "informativa" presupone la de la verdad "a secas", que dista mucho de haber sido resuelta de una manera universalmente satisfactoria.

Por eso, si se quiere plantear correctamente la cuestión de si es posible informar con verdad y qué significa esto, es preciso hacerlo con el máximo de profundidad y rigor posibles, pues son muchos y complejos los presupuestos conceptuales latentes en este tema. Como se verá enseguida, la reflexión sobre la actividad periodística ha ido tradicionalmente a la zaga de las corrientes filosóficas en boga. Más concretamente, los escasos principios sobre los que ésta se basa tienen resabios empiristas y emotivistas, sobre todo, aunque no faltan tampoco los de corte escéptico.

A lo largo de las páginas que siguen, me propongo apuntar las raíces teóricas de lo que considero planteamientos erróneos sobre la verdad informativa, y ofrecer unas consideraciones acerca del camino alternativo. Para ello, habré de asomarme a discusiones filosóficas sobre la verdad que tienen su propia dinámica [5], en las que, por supuesto, no podría entrar hasta el fondo sin desviarme del terreno periodístico. Tampoco puedo desarrollar en detalle la problemática de la objetividad en las ciencias sociales [6], tal como la tratan autores como Comte, Durkheim, Weber o Habermas. Quede, pues, constancia de la modestia de mi intento.

Para acometer la tarea indicada, será preciso empezar por revisar críticamente lo que podría llamarse la "pretensión objetivista" de la información, que es – sin duda – la que ha ocupado y todavía ocupa un lugar preeminente. A continuación, me referiré muy escuetamente – pues su peso

en el ámbito profesional es considerablemente menor – al enfoque subjetivista, como una de las posturas alternativas al objetivismo. Finalmente, defenderé que existe una tercera opción frente a las dos anteriores, sobre cuya base se debe desarrollar un hábito cognoscitivo indispensable para juzgar con verdad las acciones humanas.

2. La pretensión objetivista

El principio epistemológico central en torno al cual todavía gira la profesión periodística es el de la separación entre hechos y opiniones. Durante décadas, se viene repitiendo que el informador tiene por misión relatar hechos, sin tomar partido en su interpretación o comentario. Esta separación entre hechos y opiniones es una de las formulaciones más claras del principio de la objetividad, entendida como la no intromisión del sujeto en el acto de conocimiento.

El origen del recurso a la objetividad se debe históricamente – según Dan Schiller – a tres factores: a) la reacción provocada contra los excesos del periodismo amarillo del siglo XIX; b) el auge de las agencias de noticias – a partir de la creación de la *Associated Press* en 1848 –, que presumían de neutralidad para poder vender sus servicios a periódicos con ideologías muy diversas; c) la postura científica tan en boga en el siglo XIX con el apogeo del positivismo según la cual los hechos podían y debían distinguirse de los valores [\[7\]](#).

Esta concepción objetivista del periodismo ha penetrado tan profundamente en los informadores que resulta difícil suscitar la reflexión crítica sobre ella. Así, se suele entender que los hechos son improblemáticos e incontestables, por la posibilidad de verificarlos empíricamente. El hecho es lo objetivo, es decir, lo que "está ahí", delante del sujeto y al margen de él. Este sólo tiene que aprehenderlo intelectualmente. Por eso, para muchos, "la información de hechos, la noticia escueta y desnuda, química y físicamente pura, como comunicación de realidad objetiva equivale a verdad en el sentido estricto de la palabra [\[8\]](#)". En cambio, las opiniones pertenecen al dominio de lo subjetivo y, por tanto, se consideran viciadas de suyo, aquejadas necesariamente de parcialidad, de falta de verdad [\[9\]](#).

Con este planteamiento, "se parte de la convicción de que los 'juicios de hecho' pueden originar una comunicación perfecta puesto que se basan en 'hechos objetivos'. Al tratarse de afirmaciones sobre hechos, es decir, verificables y comprobables, resultan susceptibles de validez intersubjetiva al modo de las verdades científicas experimentales; en cambio, los 'juicios de valor' constituyen expresiones de sentimientos o actitudes, que no son verificables. Estos segundos vienen a identificarse en el Periodismo con las opiniones. Así pues, 'cualquier actividad periodística se centra en el logro y consecución de los dos roles que integran el apartado de los fines específicamente periodísticos: dar noticias acerca de hechos comprobables (*informar*) y emitir juicios de valor acerca de la importancia y trascendencia de estos acontecimientos que son noticia (*interpretar* los datos para orientación de los lectores)" [\[10\]](#).

La contraposición entre hechos y opiniones cristalizó en la manida frase de Scott: "los hechos son sagrados; las opiniones, libres", que se viene repitiendo acríticamente desde 192 [\[11\]](#). Pocos autores han osado negar sin rebozo la validez de lo que se ha tomado más como si fuera una máxima jurídica, que como – lo que es – un mero *slogan*. Entre ellos, González Gaitano ha sabido mostrar su contradicción interna, al preguntarse "si tal sentencia es un hecho o una opinión. Desde luego – afirma con perspicacia – ha sido tomada como un hecho incontestable, 'sagrado', que ha inspirado los modos de hacer la información periodística. Si se trata de una opinión, cosa más que probable pues como tal está formulada, será tan libre como su contraria: 'los hechos no son sagrados, las opiniones no son libres', al menos si hacemos caso al segundo juicio de la máxima –

'las opiniones son libres' – ; con lo que nos quedamos a oscuras acerca del valor de la máxima” [12].

Por su parte, García-Noblejas no duda en calificar esta expresión como "un mero criterio pragmático". Y argumenta: "Algo será tomado como un hecho en la medida en que se considere su intangibilidad y la sacralidad adjunta, con el debido respeto y reverencia hacia ello, fundándose en la posibilidad de su verificación, por ejemplo. Al tiempo, algo será considerado como una opinión en la medida en que se convenga su tangibilidad y la consiguiente tolerancia ante cualquier falta de respeto hacia ello, sin que se sigan mayores escándalos, fundándose, por ejemplo, en su mayor o menor coherencia lógica, o en su verosimilitud circunstancial, a tenor de las opiniones dominantes en un lugar y momento dado" [13]. En definitiva, la determinación de qué es un hecho o una opinión dista mucho, sobre esta base, de ser fáctica y objetiva.

Ahora bien, este principio rector de la actividad informativa es erróneo, no sólo porque es contradictorio, sino porque – como también indica González Gaitano con acierto – se inspira en la dicotomía entre juicios de hechos y juicios de valor, que es constitutivamente falsa. El origen de tal distinción se remonta, en parte, a tesis defendidas por el empirismo naturalista inglés del siglo XVII, aunque su acunación más pujante e influyente corresponde al positivismo cientifista decimonónico. En concreto, el positivismo comtiano postulaba que sólo las proposiciones referentes a hechos del mundo físico eran "objetivas", mientras que los juicios relativos a asuntos sociales y de orden espiritual eran "subjetivos" [14]. Únicamente las proposiciones del primer tipo podían considerarse 'científicas' y socialmente válidas, mientras que las del segundo tipo expresaban simples preferencias inverificables, carentes de validez objetiva y veritativa [15].

La pretensión empírico-positivista – de la que es deudora el objetivismo informativo – considera al investigador de la naturaleza como un mero observador, que *se limita* a recolectar "hechos", como si fuera un entomólogo que capturara insectos [16]. Tal observador actuaría como si careciera de una dotación previa de conceptos teóricos y de valores [17]. "Que esto fue un error, bien que pertinaz y duradero – observa MacIntyre –, es de dominio corriente entre los filósofos de la ciencia. El observador del siglo XX mira al cielo nocturno y ve estrellas y planetas; algunos observadores anteriores, en lugar de esto vieron grietas en una esfera, a través de las cuales podía observarse la luz del más allá. *Lo que cada observador cree percibir se identifica y tiene que ser identificado por conceptos cargados de teoría. Los perceptores sin conceptos, como vino a decir Kant, están ciegos*" [18].

Cualquier descripción – por muy fiel a la realidad que quiera ser – presupone un enorme cúmulo de conceptos y juicios previos, unidos inseparablemente a valoraciones positivas o negativas. Sin tales categorías, la realidad no podría ser conocida, pues conocer implica categorizar, es decir, integrar cognoscitivamente los datos sensoriales a partir de un elenco de conceptos previos. Por eso, argumenta MacIntyre con toda solidez que *"si toda nuestra experiencia tuviera que caracterizarse en términos de este desnudo tipo de descripción sensorial (...), nos enfrentaríamos no sólo a un mundo sin interpretar, sino ininterpretable, a un mundo no simplemente no abarcado aún por la teoría, sino a un mundo que nunca podría ser abarcado por la teoría. Un mundo de texturas, formas, olores, sensaciones, sonidos y nada más, no propicia preguntas y no proporciona ningún fundamento para respuestas"* [19].

En el campo estrictamente periodístico, Meyer sostiene – respecto a los datos empíricos – una postura similar: "Los datos brutos nunca bastan por sí mismos. Para que sean útiles e inteligibles han de ser procesados, conceptualizados, integrados en algún tipo de esquema. Hay que insertar el dato material en algún marco de referencia mental que ayude a su interpretación y

comprensibilidad" [20]. Es claro, por consiguiente, que la pura experiencia es radicalmente incapaz de dar razón de sí misma. Se precisa para ello de la razón teórica, que no se queda en los datos empíricos, sino que – discriminando entre ellos y poniéndolos en relación unos con otros – logra trascenderlos para dar el salto a las categorías. Así pues, la pretensión del empirismo naturalista se revela, a la postre, irreal, pues está pensada desde una concepción equivocada del conocimiento humano.

Lo dicho en los párrafos precedentes busca poner en claro que la simple búsqueda de hechos exige un concepto previo de "hecho", de carácter pre-fáctico. Pero aún hay más: también es imposible la pretensión de excluir los juicios de valor en el desarrollo de dicha búsqueda. En efecto, sin valores todos los hechos serían iguales, como resultado de la aplicación rigurosa del principio objetivista. No habría, por tanto, una base racional avalorativa para seleccionar unos hechos y no otros, de entre los infinitos posibles.

Con otras palabras: incluso si se obviarán los problemas relativos a la calificación de algo como hecho, persistiría la imposibilidad de excluir los valores a la hora de seleccionar los hechos [21]. Así, tanto el sociólogo como el científico experimental o el informador realizan necesariamente, al desempeñar su trabajo, una criba de aquellos hechos que – por unas razones u otras – consideran relevantes o significativos, con vistas a fines diversos. Es la diversidad de fines la que introduce el valor, puesto que los hechos son valiosos o no según sea uno u otro el fin propuesto. En otros términos: de los innumerables acontecimientos de la realidad social, unos serán seleccionados y otros no según los criterios – implícitos o explícitos – orientados a lograr un fin determinado. Así, lo que es un hecho relevante para un sociólogo puede no serlo para un informador, y viceversa. Y no sólo eso, sino que la calificación de lo que es relevante puede variar – y de hecho así ocurre habitualmente – de unos sociólogos a otros, o de unos informadores a otros. Más aún, la consideración de algo como hecho puede variar incluso para el mismo observador, según el punto de vista desde el que lo contemple (o en función de unos valores u otros). Por ejemplo, ante el resultado de un partido de fútbol cabe preguntarse cuál es "el hecho": la victoria del equipo X o la derrota de su adversario; dependiendo de la perspectiva que se adopte, se tendrán dos hechos diferentes (ganar es un "hecho" completamente distinto de ser derrotado).

Por otra parte, como se verá en el apartado siguiente, también interviene la subjetividad a la hora de afirmar que un supuesto hecho es realmente tal, es decir, que ha acaecido. ¿Cuándo han de ser consideradas concluyentes las pruebas de que algo ha acaecido o lo ha hecho de una manera determinada? ¿Acaso la certeza no es un estado subjetivo de la mente [22]? Lo que para un observador es prueba suficiente para otro puede no serlo o serlo dudosamente; es decir, la certeza sobre la verdad de algo no es ni absoluta, ni fruto de la comprobación fáctica. Si esto es así, es radicalmente imposible excluir al sujeto del acto de conocimiento.

En definitiva, puesto que todo conocimiento y toda selección de hechos son realizados por un sujeto, serán inevitablemente subjetivos, lo que no equivale necesariamente a erróneos. De manera análoga, a como un miope ve la realidad física a través de su miopía, y no por eso se equivoca siempre al juzgar lo que ve, el sujeto cognoscente conoce realmente la realidad a través de sus múltiples condicionamientos y limitaciones. Es, pues, un error craso – a mi entender – plantear el problema de la verdad en términos de objetividad y subjetividad. Si se considera que conocer es la aprehensión intelectual de la realidad por parte de un sujeto, habrá que admitir que *todo conocimiento es, de suyo e inevitablemente, subjetivo*, puesto que lo conocido – como afirmaba el aforismo medieval – es conocido según el modo de conocer del que conoce. Por eso, las categorías "objetivo" y "subjetivo" son radicalmente inadecuadas para hablar de la verdad. Dicho en otros términos: *identificar verdad con objetividad [23] es un grave error epistemológico*, de corte

idealista (cuya crítica exhaustiva excede los límites de este estudio). Por otra parte, la tesis de que el conocimiento sólo es tal si está libre de todo condicionamiento subjetivo, de todo punto de vista, supone tratar de colocarse en una postura epistemológica absoluta, divina, que no se compecede con la naturaleza del conocimiento humano. [\[24\]](#)

2.1. Imposibilidad práctica del periodismo objetivista

Aparte de las impugnaciones teóricas que se pueden hacer al periodismo objetivista, conviene notar también que sus pretensiones son irrealizables, en el plano operativo. En efecto, resulta literalmente imposible realizar todas las comprobaciones necesarias de un "hecho", hasta tener seguridad plena de que es verdadero en todas sus facetas y elementos [\[25\]](#).

Ante la imposibilidad de tales comprobaciones empíricas, el periodista tiene que depender necesariamente de lo que otros le dicen [\[26\]](#), según la credibilidad que le merecen a su juicio; es decir, ha de hacer suposiciones e inferencias no verificables empíricamente. En muchos casos, se ha de limitar a dar la condición de "hecho" a lo que otros consideran como tal. Veamos un ejemplo. Si la policía dice que una persona fue atropellada involuntariamente por un coche, el periodista suele dar como "hecho" tal explicación, sin más verificaciones [\[27\]](#). Pero si un testigo presencial afirma que el coche arrolló intencionalmente al peatón, entonces el periodista se encontrará con que tiene que tomar la decisión siguiente: dar como un "hecho" la declaración de la policía, sin mencionar la explicación contraria; dar como buena la versión del atropello intencional; o bien presentar como plausibles ambas versiones, ponderando o no la probabilidad de cada una de ellas. Es evidente que al elegir una de las tres opciones no está limitándose a "reflejar los hechos", sino que, al hacerlo, infiere – con razón o sin ella – que una de ellas es la verdadera, o al menos la más probable. Tal inferencia – aunque se apoye en datos o indicios empíricos – no es un "hecho objetivo", sino una conclusión – verdadera o no – subjetiva.

A este respecto, hace notar Fishman que una de las grandes falacias del periodismo objetivista consiste en proscribir cualquier inferencia o conclusión que pueda hacer el informador, pero no las que pueda atribuir a otra persona ajena a la redacción [\[28\]](#). Este empeño paradójico de marginar a toda costa la subjetividad del periodista es completamente estéril. La razón es clara: es el informador el que, a la vista de los datos de que dispone, decide conceder crédito a una inferencia y no a otra. Y por lo mismo, el periodista puede ofrecer sus propias conclusiones y puntos de vista de manera encubierta, es decir, atribuyéndolos a terceros, mediante la cita de sus palabras. En otros términos: narrar un acontecimiento implica necesariamente hacerlo desde un determinado enfoque y desde unos presupuestos previos. A este respecto, recuerda Meyer que "el ideal periodístico supone tener una mente abierta, entrar en una investigación como en una página en blanco, libre de cualquier prejuicio. Tal postura, aunque bien intencionada, no es práctica [por imposible, diría yo]. Nadie puede empezar a reflexionar sobre un problema sin tener algún tipo de marco teórico. Todos tenemos alguno, tanto si somos conscientes de ello como si no" [\[29\]](#).

Esto resulta más palmario aún si se piensa, además, que informar no es una mera actividad técnica o mecánica, como lo es apretar tuercas, sino un asunto práctico que implica a toda la persona. Al informar, no cabe, por tanto, la representación de una acción humana sin dotarla de un mínimo de sentido, y eso requiere enjuiciar los datos que se tienen, interpretarlos significativamente. Lo que importa, en último término, no son los datos empíricos ni los meros hechos, sino el sentido que tienen, su valor referencial, lo que dicen acerca de lo real. Por eso, con los mismos hechos se pueden construir enunciados distintos, según sea el sentido que el autor imprima en ellos [\[30\]](#). Muy distinto es que se pretenda hacer pasar por objetividad la mera impersonalidad del relato [\[31\]](#), como si los hechos tuvieran sentido por sí mismos. En ese caso, la apariencia de objetividad no

va más allá de ser mera apariencia.

Tras lo dicho hasta aquí, espero que resulte manifiesto que la pretensión "objetivista" de recolectar "hechos puros", separados de toda valoración o interpretación, carece por completo de fundamento y, por tanto, es irrealizable. Se trata de un dislate teórico, que puede tener efectos muy perniciosos en quienes no lo adviertan: de manera similar a como una verdad a medias es la peor mentira, la subjetividad que se viste de objetividad es la más engañosa para quien no se percate de ello [\[32\]](#).

Otra cosa es que tal afirmación sea entendida y admitida por los seguidores del periodismo objetivista. Hay, a mi juicio, dos razones fundamentales – al menos – que explican que no suela ocurrir así. La primera es el hondo arraigo en la cultura moderna y contemporánea de la distinción positivista entre juicios de hecho y juicios de valor. Tal distinción ha traspasado las fronteras de la filosofía y ha ido tomando fuerza – de forma sutil – en campos como el derecho, la filosofía de la ciencia o la comunicación pública. Las dificultades para combatir dicha concepción radican en que su validez se da por supuesta, como si fuera una verdad evidente, incuestionable.

La segunda razón es de conveniencia. La objetividad sirve como un escudo detrás del cual se suelen proteger los informadores, para justificar su modo de desempeñar su función. Hace ya bastante tiempo, Tuchman mostró con todo rigor, en un perspicaz artículo [\[33\]](#), que los informadores identifican erróneamente objetividad con la observancia de determinados procedimientos formales. En concreto, señaló cinco modos de ser objetivos, que "en realidad son estrategias mediante las cuales los informadores se protegen a sí mismos de las críticas y establecen una pretensión profesional de objetividad":

- 1) presentación de posibilidades en conflicto que reclaman igual valor de verdad;
- 2) presentación de pruebas complementarias para apoyar un hecho;
- 3) uso de comillas para indicar que el reportero se distancia de lo que dice, citando a otro;
- 4) uso de la pirámide invertida, por la que se presentan primero los 'hechos materiales' más incontestables;
- 5) separación de hechos y opiniones, mediante el uso del rótulo "análisis de noticias" (*news analysis*).

Tuchman señala que existe una clara discrepancia entre los fines buscados (la objetividad) y los medios empleados (los enunciados). Entre otras, las principales razones estriban en que:

- "insisten erróneamente en que 'los hechos hablan por sí mismos' [\[34\]](#);
- son un instrumento de descrédito [de terceros] y un medio de introducir la opinión del periodista;
- están sometidos a la política editorial de una determinada organización informativa;
- desorientan al receptor al sugerir que el análisis de noticias es serio, ponderado o definitivo [\[35\]](#).

En definitiva, la objetividad, entendida al modo clásico descrito por Tuchman y otros autores [\[36\]](#)

, es un medio para que los informadores eviten comprometerse plenamente con lo que afirman, bajo la ficción absurda de que "dejan hablar a los hechos". Es, sin duda, una forma de tratar de exonerarse de la responsabilidad que supone hacer juicios equivocados, sosteniendo que el periodista se limita a reflejar la realidad como si fuera un espejo, para que sea el destinatario el que juzgue y valore los hechos. También se recurre con frecuencia al símil del mensajero para caracterizar la función del informador. Nada más falso si se considera que el informador – a diferencia de un auténtico mensajero – no da siempre "todo y sólo" lo que se le ha entregado, puesto que está en su mano dar noticia o no de un asunto, o hacerlo de una manera u otra. Así pues, en lugar de mensajero debe ser considerado autor del mensaje y, por consiguiente, responsable – al menos, parcialmente – de la comunicación pública de opiniones ajenas. (De ahí que, si sabe que lo que escucha es falso, deba presentarlo como falso, o bien no publicarlo, en lugar de exculparse alegando que se limita a repetir lo que otro ha dicho).

3. La pretensión subjetivista

Para algunos, la crítica al objetivismo puede ser entendida como una aceptación implícita de los principios epistemológicos del subjetivismo (si la objetividad no es posible, entonces todo conocimiento es subjetivo, en el sentido de que el sujeto es su razón última). Sin embargo, de la negación de la validez del primero no se sigue, en modo alguno, la afirmación de la del segundo, puesto que ambos no son, con respecto a la verdad, los dos términos de una alternativa – aunque lo parezcan –, como se verá más adelante. Entendido en categorías subjetivistas o relativistas, que la negación de una tesis no suponga necesariamente la afirmación de su contraria, es un aserto que carecería de todo sentido. Para el subjetivismo, toda afirmación tiene el valor de una opinión, y las opiniones no son ni verdaderas ni falsas. Por eso, todas tendrían – según aquél – el mismo valor epistemológico.

Una de las formas más arraigadas de subjetivismo en nuestra cultura es el emotivismo [\[37\]](#). Aunque éste se centra principalmente en los juicios morales, pienso que es un buen exponente de la concepción gnoseológica de fondo que late en él y que no resulta difícil extraer de sus asertos. De ahí que me detenga brevemente en él.

MacIntyre – autor al que sigo en este punto – describe el emotivismo con todo acierto, como "la doctrina según la cual los juicios de valor [...] no son *nada más que* expresiones de preferencias, expresiones de actitudes o sentimientos, en la medida en que estos posean un carácter moral o valorativo. [...] Los juicios fácticos son verdaderos o falsos; y en el dominio de los hechos hay criterios racionales por cuyo medio podemos asegurar el acuerdo sobre lo que es verdadero y lo que es falso. Sin embargo, al ser los juicios morales expresiones de sentimientos o actitudes, no son verdaderos ni falsos. Y el acuerdo en un juicio moral no se asegura por ningún método racional, porque no lo hay" [\[38\]](#).

La razón última para sostener que no es posible un método racional para el juicio moral estriba, como es lógico, en una de las tesis centrales del emotivismo: "que *no hay ni puede haber ninguna justificación racional válida para postular la existencia de normas morales impersonales y objetivas*, y que en efecto no existen tales normas. [...] El emotivismo sostiene que pueden existir justificaciones reales aparentes, pero que justificaciones realmente racionales no pueden existir porque no hay ninguna" [\[39\]](#). En definitiva, esta teoría niega la existencia de cualquier principio moral de validez suprasubjetiva.

Hasta tal punto ha prosperado esta teoría en el mundo contemporáneo, que el emotivismo impregna nuestra capacidad de juicio. Así, se puede sostener con Putnam que "la opinión según la"

cual no hay base objetiva para decidir si las cosas son buenas o malas, o mejores o peores, se ha convertido en algo *institucionalizado* [40]. Dicho en otros términos, pensamos y hablamos presuponiendo la veracidad no mostrada del emotivismo.

Ahora bien, ya se ha dicho que esta negación de base objetiva para los juicios morales se asienta sobre otra previa más fundamental: la que rechaza la posibilidad de que el conocimiento humano pueda alcanzar afirmaciones universales que se ajusten a la realidad. Lo que realmente está en tela de juicio es el concepto mismo de verdad, es decir, la posibilidad de conocer realmente la realidad.

Dentro del ámbito periodístico, también se pueden apreciar – como en el caso objetivista – posturas emotivistas o, cuando menos, lastradas por el relativismo. Es cierto que el fuerte sentido de la realidad que suelen tener los informadores no suele ser compatible, habitualmente, con posiciones radicalmente relativistas o escépticas. Sin embargo, éstas también tienen cabida, sobre todo en el campo de lo no fáctico. Un ejemplo: la facilidad con que se presentan opiniones contrapuestas acerca de asuntos polémicos y el modo en que se hace. El tratamiento que reciben muchas de tales opiniones supone otorgar de hecho a todas ellas el mismo valor veritativo, dejando en el aire la impresión de que la verdad, en última instancia, es incognoscible o depende siempre y en todo del punto de vista adoptado o de las circunstancias. Tal vez sea ésta una de las razones de fondo de la habitual insistencia en la necesidad del pluralismo informativo, como si la verdad pudiera elegirse estéticamente a partir de la simple confrontación de opiniones [41].

Otra muestra de relativismo es la que subyace en la concepción de que, puesto a opinar, el periodista debe acomodar su juicio inapelablemente a los valores socialmente vigentes en cada momento dado, como si su validez veritativa dependiera del número de personas que los sostienen. Así, para muchos, no existen valores absolutos, sino sólo valores cambiantes, de los que no puede predicarse verdad o falsedad, ni adecuación moral o carencia de ella [42]. Según esto, el periodista debería – por ejemplo – apoyar el racismo si la sociedad fuera mayoritariamente racista, puesto que ese sería el valor dominante en ese momento. Nuevamente, la naturaleza de las cosas quedaría desplazada por la percepción relativista que se hiciera de ella.

No es éste el lugar de hacer una crítica rigurosa y pormenorizada del relativismo en general, ni del emotivismo en particular, puesto que es tarea ya realizada por otros autores con mayor agudeza de la que se podría ofrecer aquí [43]. Baste mostrar que el emotivismo incurre en contradicción consigo mismo, lo que implica falsedad. En efecto, la proposición que sostiene que las opiniones o juicios morales son mera expresión de sentimientos o actitudes, ni verdaderas ni falsas, no es un juicio fáctico, por lo que no estaría sujeta a verdad o falsedad. Esto implicaría que esta tesis sería tan cierta como su contraria, para no caer en contradicción, lo que es manifiestamente absurdo. Dicho de otra manera: no se puede afirmar que todo es opinable, sin contradecirse, pues o se toma esta afirmación como principio no sujeto a discusión (lo que implicaría rechazar el "todo"), o se niega su propia validez (admitiendo que es tan verdadera como su contraria).

Por otra parte – aunque no sea un argumento probatorio –, si todas las ideas y opiniones carecieran de valor veritativo, porque todas tuvieran el mismo valor que sus contrarias, sería absurdo manifestar opiniones sobre la realidad, para decir cómo es o qué valor tiene ésta. En lugar de opinar, lo más coherente sería guardar silencio. No se puede afirmar que la verdad no existe sin pretender al mismo tiempo que esta afirmación ("la verdad no existe") es verdadera, lo que equivale a incurrir en contradicción. En definitiva, el emotivismo – como forma de subjetivismo o de relativismo – es completamente insolvente como doctrina epistemológica.

Buena parte de lo dicho en este apartado, es también aplicable *mutatis mutandi* a otras teorías